

que mandarlo sobre el Rhin, adonde, desde que empezara la guerra en esta frontera, se habia acumulado un tren y efectos tan considerables, que no cabiendo ya dentro de Magdebourg, plaza que pudiera llamarse francesa en el hecho de pertenecer á la Westfalia, hubo precision de repartirlos entre Erfurt, Maguncia, y Strasburgo. Pero en Perpiñan, Tolosa, y Bayona, donde habia que crearlo casi todo en atencion á ser moderna la guerra con el Mediodia y á las grandes proporciones que iba tomando, eran imprescindibles aquellos envios. En su consecuencia, Napoleon ordenó que se reuniese en la última de aquellas tres ciudades un inmenso repuesto de paños, telas, cueros, fusiles, cañones, tiendas, marmitas, granos, forrages, y acémilas, deseando, que ademas de los tres pares de zapatos que debia llevar en su mochila cada soldado, encontrase en los Pirineos otros dos, los cuales se le daban casi siempre por via de gratificacion. Ordenó asimismo que se hiciese un acopio extraordinario de zapatos, capotes, y galletas, persistiendo en su máxima de que el soldado tiene lo indispensable cuando se halla provisto de calzado, capote y galleta, y que contando con esto puede hacerse de él cuanto se quiere. Prescribió ademas la compra de un gran número de bueyes para proveer de carne al ejército, y de acémilas para los trasportes, llevando por último su prevision hasta destinar crecidas subvenciones para la conservacion de los caminos, los cuales padecian notablemente con el enorme trayecto de artilleria, carros, bagages, y tropas. Todas estas órdenes debian ejecutarse en la segunda quincena del mes de octubre, mediante á que la primera estaba destinada para la entrevista

de Erfurt. Napoleon contaba con pasar el Ebro así que esta terminase, marchando sobre Madrid á la cabeza de formidables ejércitos á fin de restablecer á su hermano sobre el trono de Felipe V.

Para atender á tan inmensos gastos, eran indispensables tambien inmensos recursos. La victoria y la buena administracion los habian proporcionado anticipadamente; mas no por esto era menos cierto que una gran parte de los tesoros reunidos con tanta prevision, iba á ser prontamente disipada. De modo, que Napoleon experimentaba por sus faltas cometidas en España, dos consecuencias á cual mas sensibles, la dispersion de sus soldados aguerridos desde el Norte al Mediodia, y la disipacion de las riquezas que con tan hábil economía habia sabido reunir. El presupuesto, limitado por él tan cuidadosamente á la cifra de 720.000,000 de francos, (en los cuales no estaban incluidos los gastos de recaudacion, que ascendian á 120.000,000, ni los gastos departamentales que importaban 30) habia traspasado ya estos limites y ascendia á 800 ó mas, sin contar lo que continuaria dando el extranjero, puesto que el sostenimiento del grande ejército gravitaba en parte sobre las contribuciones de la Prusia. Los ingresos, que en lo interior de este reino tan pacífico iban creciendo sin cesar, acababan de disminuir notablemente en uno de sus productos mas esenciales; en el producto de aduanas, el cual se creyó que subiria á unos 80.000,000 y era dudoso ya que se percibiesen 50. Esta considerable baja fué el primer efecto de los decretos temibles de Milan, prohibiendo por medios los mas nuevos, al par que rigurosos, la entrada de géneros coloniales de

procedencia inglesa. Así, pues, los ingresos iban en disminucion, al paso que se aumentaban los gastos. Verdad es que el tesoro del ejército tenía lo suficiente para atender á todo.

El último arreglo con la Rusia prometia recursos considerables. Habianse gastado en abastecimientos hechos por los pueblos al rededor de 90.000,000, y en dinero procedente de contribuciones unos 206, entre cuyas cantidades componian la suma de cerca de 300.000,000, sacados todos de la Alemania para la manutencion de los ejércitos franceses. Quedaban, pues, en la caja de contribuciones, es decir, en el tesoro del ejército, unos 160.000,000 de francos en valores recibidos ó que debian recaudarse próximamente, y otros 140 que debia la Prusia: total 300.000,000 próximamente. Pero estos 300.000,000 no se hallaban completamente disponibles, porque ademas de los 140.000,000 en letras de cambio, ó títulos sobre hipotecas, con los cuales no habia que contar hasta que llegase la época del vencimiento, habianse ya gastado de los 160 que se consideraban como contantes, 24.000,000 por sueldos atrasados, y 74 que se habian dado á la caja de servicio sobre los 84 que se le debian por el empréstito destinado á que cesase el descuento de los receptores generales. Restaban, por tanto disponibles unos 62.000,000 de francos, y como cosa de otros 20 procedentes de la contribucion del Austria, de los cuales, sin embargo, habian absorbido una gran parte los pagos de suministros hechos á las poblaciones, y la distraccion de fondos para el ejército de España. De manera que los recursos disponibles eran muy limitados, puesto que

los 440.000,000 estipulados por la Prusia, y entregados en letras de cambio y títulos de hipotecas, no debian de ingresar en caja, sino sucesivamente, y en el discurso de año y medio. Verdad es, que en cambio los ingresos del tesoro se realizaban con una extraordinaria facilidad, la caja de servicio rebosaba en dinero, y merced al gran crédito de que gozaba el grande ejército, habia cobrado todo su haber correspondiente al año de 1808, á consecuencia del tratado concluido con la Prusia, por lo que si bien empezaba á verse ya el término de los recursos, hasta entonces ningún apuro se habia notado. A causa de la guerra con la España, Napoleon habia dado un golpe terrible á la hacienda como á sus ejércitos, mediante á que una y otros debian debilitarse en el hecho de dividirse.

De aquella fatal guerra resultaba ademas un nuevo cargo, que Napoleon se empeñó en echarse sobre sí, por razones políticas muy controvertibles y muy controvertidas con su ministro de Hacienda Mr. Mollien. A pesar del esquisito cuidado que aquel ponía en ocultar al público los acontecimientos de España, llevando su reserva hasta el punto de callar las victorias de nuestro ejército, para poder callar tambien los descalabros, sabianse, no obstante, gran parte de ellos, ora por los periódicos ingleses, de los cuales entraban constantemente algunos en Francia sin que bastara á impedirlo la mas vigilante policia, ora por cartas particulares que escribian los oficiales á sus familias, redactándolas, como es costumbre, bajo las impresiones exageradas del momento. Por cualquiera de estos dos modos, ó por los dos á un tiempo,

llegaban al fin á saberse los hechos principales, y en aquella época se esparcieron en efecto las noticias de que uno de nuestros cuerpos de ejército habia sido muy desgraciado en Andalucía; de que una escuadra habia capitulado en Cadiz, y de que el rey José, por último, despues de haber entrado en Madrid, habia tenido que retirarse á Vitoria. Así, pues, como los resultados generales importan mucho mas que los pormenores; como en resumidas cuentas habia llegado á hacerse público que la empresa intentada contra la corona de España, lejos de ser, como se habia creído en un principio, una sencilla toma de posesion, se convertia en una lucha encarnizada contra una nacion entera, secundada por los ingleses, y como la division de las fuerzas de la Francia debia ser una consecuencia inevitable de esta nueva guerra, empezábase á vislumbrar de una manera confusa, que el imperio no era ya tan fuerte; que sus enemigos abatidos y postrados entonces, podrian levantar la cabeza; y que todo aquello, en fin, que se creia ya resuelto, podria aun ser problemático. Los intereses, aunque ciegos con frecuencia, suelen tener de vez en cuando una perspicacia instructiva que á la larga ios hace previsores. Por esta razon, si bien es cierto que el movimiento mercantil de los fondos públicos no revela por lo general mas que los temores pueriles, ó las pueriles esperanzas del dia, indica, sin embargo, con el tiempo, la opinion cuerda y fundada, que los intereses, ilustrados por la reflexion, se forman acerca del estado de las cosas; de consiguiente, á pesar de los esfuerzos de Napoleón por disimular la verdadera situacion de los asuntos de España, la despierta sagacidad de los

negociantes desmentia el lenguaje oficial del gobierno, y los fondos públicos bajaban de una manera notable. Despues de lo de Tilsit habiáseles visto subir á un precio hasta entonces desconocido, el de 94 en la renta del 5 por 100, y mantenerse en él con cortas ó insignificantes alteraciones, hasta el momento en que, conduciendo la bárbara expedicion de Copenhague á la culpable invasion de la Península, las esperanzas de la paz se habian desvanecido; en esta época los fondos habian bajado desde 94 á 80, y aun á 70 despues de la insurreccion española. Tal era el juicio que los intereses, alarmados á consecuencia de los acontecimientos formaban acerca de la política del emperador, poniéndole en relieve verdades muy duras, que ni todo su poder, tan temible y tan respetado, era bastante para evitar. Como sucede siempre, al movimiento natural de los valores se agregó el movimiento ficticio producido por la especulacion, y el tipo de los fondos públicos tendia á bajar mucho mas aun de lo que era de esperar de una prevision razonable. En efecto, si Napoleón habia cometido una gran falta, érale muy posible el repararla todavía, y aun conseguir el llegar á salvo con tal de que no cometiese otras mas graves.

Pero Napoleón no era hombre capaz de retroceder ante aquella nueva especie de enemigos, y lejos de hacerlo así, resolvió por el contrario luchar contra ellos.—Voy á emprender una campaña, dijo á Mr. Mollien, contra los que juegan á la baja: porque es de advertir, que la triste jerga del agiotage, era ya tan conocida en aquel tiempo como en la actualidad. Basta, en efecto, el que sobrevenga una revolucion para que se vulgaricen

esta clase de negocios, puesto que el agiotage no tiene nunca campo mas vasto que el que le ofrecen las revoluciones. A pesar de los esfuerzos que para quitárselo de la cabeza hizo Mr. Mollien, á cuyo espíritu, habituado á los proceder regulares, repugnaban los espeditos, Napoleon se empeñó en ordenar que se verificasen compras extraordinarias de papel, á fin de elevar el precio de los fondos públicos. Para este objeto no vaciló en recurrir al tesoro de guerra, cuya caja creia inagotable, asi como creia tambien invariable en sus favores á la victoria, que las habia llenado. En su consecuencia, prescribió que se hiciesen compras considerables por cuenta del tesoro del ejército, independientemente de las que verificaria ademas la caja de amortizacion, poco regularizada aun en aquella época, creyendo reportar de este modo grandes ventajas asi al ejército como á los acreedores mismos del estado. Al ejército, porque colocaba sus fondos de manera que le produjesen un 6 ó un 7 por 100: á los tenedores del papel, porque asi mantenía el valor de sus garantías á un tipo suficientemente alto. Por lo demas, y teniendo en cuenta la época en que esto sucedia, la conducta de Napoleon no debe parecer tan reprehensible, puesto que entonces no se habia llegado aun á descubrir que las compras por parte del estado deben ser constantes y cotidianas como cualquier otra de sus funciones regulares, y no accidentales como una especulacion.

No teniendo á la mano los fondos del ejército, Napoleon ordenó que la caja de servicio hiciese algunos anticipos, y en virtud de esta orden facilitó aquella hasta 30.000,000 de francos para

la compra de papel. Y no se limitó á esto solamente. Habiendo en el banco, á consecuencia de la emision de sus nuevas acciones, capitales ociosos, para los cuales no encontraba colocacion, mediante á que el descuento no se desarrollaba en proporcion del capital que Napoleon habia querido constituirle; y como la colocacion de estos fondos en papel del estado presentaba mas ventajas que el descuento mismo, puesto que ganaban cerca de un 7 por 100, el emperador exigió que el banco comprase rentas por valor de una crecida suma, á lo cual se prestó éste con una docilidad tanto mas concebible, cuanto que, ademas de no ser esta operacion contraria á sus intereses ni á los del estado, ninguna colocacion podia dar en aquel momento á sus capitales mas ventajosa que la que se le prescribia. En virtud de estas compras, que fueron combinadas y ejecutadas tan resuelta como tenazmente por espacio de uno ó dos meses, los jugadores á la baja quedaron vencidos, arruinados gran parte de ellos, y los fondos públicos volvieron á ponerse á 80, que era el tipo en el cual fijaba Napoleon el crédito de su gobierno. La alza era á sus ojos preludio de la prosperidad exuberante que sus victorias debian acarrear bien pronto al imperio: la baja era una señal de decadencia, que no le era dado sufrir. Bajo este supuesto decidió, que en el momento en que el tipo de los fondos bajase de 80, volviese el tesoro á continuar sus compras; de modo, que cuantas tentativas hicieron los jugadores á la baja, los cuales son la peor especie de jugadores, puesto que especulan con el empobrecimiento de la fortuna pública, se estrellaron contra el poder de aquel extraño especulador, que

disponia de los recursos reunidos del tesoro y de la victoria. Napoleon se mostró tan gozoso por este éxito, como hubiera podido estarlo de una batalla ganada contra los austriacos.—Ya tenemos vencidos á los jugadores á la *baja*, dijo á Mr. Mollien: es de presumir que tarden algun tiempo á hacer otra tentativa, y entretanto ya hemos logrado nosotros conservar á los acreedores del estado el capital á que tienen derecho, puesto que deseo que puedan contar con el tipo de 80, al mismo tiempo que hemos procurado una colocacion muy ventajosa á los fondos del ejército.—Despues de lo cual, mandó distribuir secretamente algun dinero entre algunos de los que habian sido derrotados en esta guerra financiera. Con todo, la lucha abierta que los especuladores emprendian contra la política de Napoleon, cuando la opinion inquieta únicamente, podia atenerse aun á sordos é inciertos rumores, era un sistema bien extraño, y que merecia haber sido observado con detenimiento. ¡Por qué no escucharía esta leccion aun cuando era de tan poco elevado origen! La verdad siempre es buena y saludable, venga de donde venga.

Todos estos diferentes cuidados, habian absorbido el mes de agosto y casi todo el de setiembre. Aproximábase, pues, la entrevista de Erfurt. En este intervalo las manifestaciones de la diplomacia imperial habian logrado el objeto á que tendian. El Austria, intimidada con el regreso de Napoleon á París, habia cedido algun tanto, y las declaraciones que éste le hiciera, confirmadas por el llamamiento de los contingentes de tropas alemanas, la habian inspirado motivo para profundas reflexiones, tanto mas motivadas, cuanto todo con-

tribuía á que se creyese abocada á una próxima guerra. Por otra parte, érale muy conveniente á la mencionada potencia aplazar sus resoluciones, porque en el caso de decidirse á empuñar de nuevas armas, valia mas hacerlo cuando hubiesen pasado cien mil franceses desde Alemania á la Peninsula, y cuando hubiesen adquirido mayor grado de perfeccion sus preparativos. En esta atencion, ninguna dificultad tuvo el Austria en dar las esplicaciones necesarias para calmar la irritacion de Napoleon, ni en alejar el instante del rompimiento. A este fin, imputó sus armamentos á una presunta reorganizacion del ejército austriaco, comenzada, segun ella decia, por el archiduque Carlos, mas de dos años antes de esta época, y continuada por él mismo con la mayor perseverancia, lo cual nadie tenia derecho para considerarlo ni como sorprendente ni como hostil bajo ningun concepto. En cuanto á la indulgencia que la Inglaterra habia manifestado con su pabellon en el Adriático, el Austria la esplicó de manera que pudiese atribuirse, no á connivencia secreta, sino á un resto de consideracion, que se concebía muy bien, respecto de una antigua aliada. Y por último, bajo el pretesto de no haber podido fijar aun la atencion del emperador francés sobre asunto tan grave, eludió las pretensiones de la diplomacia francesa sobre el reconocimiento del rey José, remitiéndolo de un dia á otro.

Napoleon comprendió perfectamente el sentido y la sinceridad que encerraban las respuestas del Austria; desentendióse, empero, de ellas por entonces, mediante á que llegó á persuadirse que no se manifestaría hostil en lo que quedaba de año,

tiempo que consideraba él mas que suficiente para hacer una campaña pronta y vigorosa al otro lado de los Pirineos. Además, estábale reservado adquirir una seguridad completa en Erfurt. La Prusia se habia apresurado á ratificar el tratado de evacuacion, incluso los artículos secretos que limitaban tan estrechamente su estado militar; pero pedia al propio tiempo como un favor insigne el que se le concediesen plazos mas largos para el pago de los 140.000,000 que restaban por saldar, y esperaba obtener esta gracia por la intervencion personal y directa del emperador Alejandro en Erfurt: porque es de advertir, que todo el mundo esperaba ó temia alguna cosa de aquella famosa entrevista, anunciada en la Europa entera, y tema principal de todas las conversaciones. Negábanla unos, y afirmábanla otros, consultando cada cual sus deseos, al paso que algunos añadian á este propósito, que asistirian tambien á ella otros soberanos, tales como el rey de Prusia, ó el emperador de Austria, los cuales no habian sido invitados por la razon sencilla de que los soberanos de Rusia y Francia no habian llamado, ó accedido á los deseos que se les manifestaron de asistir á la entrevista, mas que á aquellos principes de quienes esperaban recibir homenajes que aumentasen su esplendor.

Lo único que habia de verdad, sin embargo, en los contradictorios discursos de los curiosos y de las gentes desocupadas, era que la entrevista debia verificarse sin duda alguna el 27 de setiembre en Erfurt, ciudad que dista algunas leguas de Weimar. El emperador Alejandro, que tantos deseos habia manifestado porque se verificase, no

podia rehusarla cuando se la ofrecian. Sus asuntos, además, no solo le permitian asistir á ella, sino que hasta se lo imponian en cierto modo, puesto que las cosas empezaban á tomar un aspecto mas lisonjero en Finlandia; habian abandonado el Báltico los ingleses, y los acontecimientos del Oriente se iban precipitando con una rapidez asombrosa. El emperador de Rusia, por lo tanto, habia aceptado con suma complacencia la ocasion que se le deparaba de volver á avistarse con Napoleón, y de lograr por fin, la realizacion de todos ó de gran parte de sus deseos. Mr. de Romanzoff, cuya impaciencia por el logro de ellos era aun, si cabe, mayor que la de Alejandro, aprobó de todas veras la entrevista, y era una de las personas que debian acompañarle á Erfurt. Además de Mr. de Romanzoff, el emperador de Rusia habia resuelto llevar consigo á su hermano el gran duque Constantino, á título de militar; al intendente de su casa, Mr. de Tolstoy, hermano del embajador de Rusia en Paris, y algunos edecanes. Con el objeto de facilitarse relaciones con la corte imperial de Francia, quiso tambien que le siguiese Mr. de Caulaincourt, con el cual estaba acostumbrado á verse todos los dias y á conferenciar y hablar con él con la mayor confianza. Lo único que Alejandro exigió antes de ponerse en marcha, fué que se le proporcionase un medio de poder decir, al pasar por Königsberg, algunas palabras de consuelo á los soberanos arruinados y profundamente desgraciados de la Prusia, á quienes si bien satisfacía en gran manera el tratado de evacuacion, relativamente á lo desahogado que iba á quedar su territorio, los llenaba de desconsuelo en lo referente

á las exigencias pecuniarias. Alejandro tenia la debilidad, hija, no obstante, de un buen sentimiento, de querer decir á todos cuantos veia, cosas que les fuesen agradables. Este sentimiento era mucho mas vivo respecto al rey y la reina de Prusia, cuyo infortunio era para él una continua reconvenccion, y bajo este supuesto, insistió en que se le autorizase, para hacer, á su paso por Königsberg, algunas nuevas promesas de rebaja, á las cuales accedió al fin, aunque con una timidez y una parsimonia extraordinarias, Mr. de Caulaincourt, que carecia de instrucciones sobre este punto. Obtenido esto, el emperador Alejandro dió las disposiciones convenientes para hallarse el 27 de setiembre en Erfurt, deteniéndose un solo dia en la desgraciada córte de Prusia.

El partido hostil á la política de la alianza, se mostraba en San Petersburgo muy gozoso por las dificultades con que tropezaba la Francia en la Península, y aduciendo como argumento contra aquella las que la Rusia espermentaba en Finlandia, al paso que deplorando con afectacion las pérdidas del comercio ruso, se quejaba y murmuraba amargamente contra la entrevista de Erfurt. Despues de las indignidades de Bayona, decia el mencionado partido, es una conducta poco decorosa el ir tan lejos á visitar al autor, y á abocarse con él para ratificar, sin duda alguna, cuanto ha hecho, y cuanto se prometa hacer en lo sucesivo. El embajador de Austria con especialidad, habiase permitido á este propósito una libertad de lenguaje tan escesiva, que fué preciso obligarle á que la reprimiese. La camarilla de la emperatriz madre, si bien no se habia contenido mas que á medias,

manifestaba, sin embargo, algun respeto á la voluntad esplicita de Alejandro. Con todo, en los últimos momentos, y alarmada la madre del emperador en vista de los peligros que iba á correr su hijo, á los cuales aparentaba dar crédito, dirigió las reconvencciones mas violentas á Mr. de Romanzoff, diciéndole, que conducia á Alejandro hácia su pérdida, y que tal vez aconteceria en Erfurt al emperador de Rusia, lo que les habia acontecido en Bayona á los desgraciados soberanos de España. La emperatriz madre no se contentó con esto, sino que, no siendo dueña de reprimir sus recelos, se los comunicó al mismo emperador, el cual procuró tranquilizarla mas bien como un hijo reconocido, que como un amo absoluto, amostazado de que se juzgase tan mal de sus determinaciones políticas y de las consecuencias que podian acarrear. Suposiciones tan estrañas probaban dos cosas: la ceguedad de las córtes antiguas, y el pábulo inmenso que habia dado á sus preocupaciones Napoleon con la conducta que observara en Bayona.

Alejandro no hizo aprecio alguno de semejantes temores; por lo que, mandando á Mrs. de Romanzoff y de Caulaincourt que se anticipasen, partió de San Petersburgo con su hermano y algunos edecanes, dirigiéndose á Erfurt en posta con ningun boato y con mucha celeridad. Habíase convenido de antemano entre ambos emperadores, que, mediante á que Napoleon se hallaba en Erfurt, como en su propia casa, quedarian á su cargo las incumbencias materiales de aquella gran representacion, y que las de Alejandro quedarian limitadas tan solo á las de trasportar su persona y á las de sus oficiales. El emperador de Rusia, como

ya hemos dicho, se metió en una silla de postas, y caminando con mas celeridad que los mejores correos, llegó el 18 de setiembre á Königsberg, donde se mostró muy sensible á las desgracias de sus antiguos aliados, los cuales se hallaban reducidos casi á la indigencia en uno de los extremos de su reino, y de allí partió inmediatamente para Weimar.

En todos cuantos puntos habia tropas francesas, hacíase al jóven czar una acogida de las mas brillantes. Los cuerpos de ejército se ponian sobre las armas colocándose en la formacion mas vistosa, y gritaban ¡Viva Alejandro! ¡Viva Napoleon! Alejandro los revistaba, felicitábales por su aire marcial tan en armonía con el valor que mostraban en los combates, y los soldados franceses no podian menos de mostrarse agradecidos á estas lisonjeras manifestaciones. Napoleon habia mandado al mariscal Lannes, duque á la sazón de Montebello, para que fuese á recibirlo hasta los límites de la confederacion del Rin, los cuales se estendian á Bromberg. El jóven czar trató tan benévolutamente á aquel viejo soldado, que logró seducirlo y dejarlo encantado de su persona; porque es de advertir, que aun cuando el mariscal Lannes estaba muy aferrado en sus opiniones revolucionarias, no por eso era menos sensible á las demostraciones públicas y merecidas de distincion que descendian sobre él desde lo alto de los tronos.

Alejandro llegó el 25 de setiembre á Weimar, y manifestó deseos de permanecer en esta córte de familia hasta el 27, que era el día asignado para la reunion de Erfurt.

Napoleon por su parte habia salido de París,

precedido, escoltado y seguido de la gente que tenía mas lucida en su ejército y en su córte. Entre los personages que le precedian, habia mandado á Mr. de Talleyrand, para que diese al language y á las maneras de los otros la direccion que convenia imprimir en los estraños. Aunque el emperador estaba ya algun tanto descontento de Mr. de Talleyrand, á causa de las reflexiones que éste le habia indicado sobre los asuntos de España, principalmente por haber notado que quería separarse de ellos, desde que vió que iban tomando mal giro, continuaba, sin embargo, sirviéndose de él para ciertas comunicaciones delicadas, las cuales no estaban al alcance de Mr. de Champagny. Formaban parte de esta expedicion un gran número de generales y de diplomáticos. La Alemania se hallaba representada por una porción de príncipes coronados. El rey de Sajonia se habia apresurado tambien á ir á Erfurt, donde se presentó el día 26. —Aquella reducida ciudad, antiguo dominio de un príncipe eclesiástico, y habituada como Weimar y algunas otras capitales estudiosas de Alemania, á una calma inalterable, hallábase á la sazón convertida en la poblacion mas animada, la mas brillante, y la mas favorecida de soldados, de oficiales, de lujosos trenes, y de criados de librea. Tropezábanse en sus calles y paseos como meros transeuntes, reyes, príncipes y los señores mas poderosos del antiguo y del nuevo régimen. Napoleon habia mandado allí con anticipacion cuanto creyó preciso para ocultar, bajo placeres elegantes y magníficos, lo grave de los negocios. Llegó á Erfurt el 27 de setiembre á las diez de la mañana. Despues de recibir á las autoridades civiles y militares de



las cercanías, que se apresuraron á cumplimentarle por su llegada, á los diplomáticos de la Europa, á los potentados de la confederacion del Rhin, y al rey de Sajonia, salió de la ciudad á cosa del mediodía, á caballo, y seguido de un inmenso estado mayor, para ir al encuentro del emperador Alejandro, que venia de Weimar en una carretela descubierta. Weimar dista cuatro ó cinco leguas de Erfurt. Napoleon encontró á su aliado á las dos leguas. Así que distinguió el carruage en que venia, puso á galope su caballo, para darle una prueba mas de su diligencia. Al reunirse ambos emperadores, echaron pié á tierra, abrazáronse cordialmente, y uno y otro dieron inequivocas señales del placer con que se veian: placer que debia ser sincero, por cuanto ademas de la necesidad que tenian de conferenciar sobre sus respectivos asuntos, simpatizaban recíprocamente. Habiéndose sacado á prevención de Erfurt, caballos para Alejandro y su comitiva, los dos emperadores regresaron á caballo, y marchaban uno al lado de otro, conversando con una verdadera efusion, preguntándose por sus respectivas familias, como si estas, cuyo origen era el mismo, se hubiesen conocido y amado en otro tiempo, y llenando en fin, de placer con su aspecto, al inmenso gentio que habia acudido de las poblaciones comarcanas, avido de verlos, y el cual se felicitaba al encontrarlos tan en armonia, puesto que esta era para él la garantía mejor de que iban á verse libres de aquellos formidables ejércitos, que un año antes, en la misma estacion, y en aquellos lugares mismos, assolaban sus hermosos campos.

Así que ambos emperadores llegaron á Erfurt,

Napoleon presentó á Alejandro todos los personajes que se hallaban admitidos á esta entrevista, comenzando por los reyes y príncipes, y en seguida le condujo al palacio que le estaba reservado. La comida debia verificarse diariamente en el que habitaba Napoleon, mediante á ser éste quien ofrecia la hospitalidad al soberano del Norte. Por la noche tomaron asiento en torno de un espléndido festin, Napoleon, Alejandro, el gran-duque Constantino, el rey de Sajonia, el duque de Weimar, el príncipe Guillermo de Prusia, y toda la multitud, en fin, de príncipes reinantes y de personages militares y civiles, que para ello tenian justos títulos. Iluminóse la ciudad, y todos asistieron á una representacion del *Cinna*, desempeñada por los mejores actores trágicos que la Francia ha poseido jamás. La clemencia hábil del fundador de un imperio, desarmando á los partidos, y sometiénolos á su poder, era el espectáculo por el cual queria Napoleon que empezasen las representaciones de la tragedia francesa.

Habiase convenido anticipadamente, que durante estas fiestas, y ora fuese por la mañana, ora por la noche, bien en un gabinete, ó bien en paseo, se tomarian ambos emperadores el tiempo necesario para tratar con toda libertad de los graves intereses, cuyo arreglo motivaba la entrevista. Napoleon al ir á Erfurt, tenia ya tomado su partido acerca de los objetos esenciales que habian de tratarse en aquella, y por lo tanto traía concertado su plan. Conociendo que era de todo punto imposible el llegar á ponerse de acuerdo con la Rusia sobre lo de Oriente, habia resuelto mostrarse contrario á toda idea de division, despues de algunas discusiones,

á las cuales se prestó por mera complacencia. Si no daba á Constantinopla, no daba nada aunque concediese todo el imperio turco, mediante á que lo mismo para Alejandro, que para Mr. de Romanzoff, la cuestion estribaba únicamente en la posesion de los dos estrechos. Y si daba á Constantinopla, daba cien veces mas de lo conveniente, puesto que allí estribaba el porvenir de la Europa, y hubiera sido regalar una conquista, cuya fama hubiera acallado la de todas las suyas. Esto no obstante, Napoleón habia concebido, que pagando al contado, si nos es lícito espresarnos en estos términos, que sacrificando sobre la marcha una parte del territorio turco que la Rusia ambicionaba con pasion, le causaria con ello un placer bastante para dejarla satisfecha y atraerla completamente á su devocion en las ocurrencias actuales. Lo cual era suficiente para los desigios de Napoleón.

Su plan de seduccion, por lo tanto, acerca de la Rusia consistia en sustituir á un sueño magnífico, pero peligroso para la Europa, una realidad restringida, pero inmediata. Todo cuanto el emperador Alejandro y Mr. de Romanzoff habian dicho en el discurso de los dos meses anteriores, probaba, que á pesar de la exaltacion de sus esperanzas, se separarian sin gran trabajo de las pretensiones de division del imperio turco, vista la dificultad que habia en que se pusiesen de acuerdo, con tal de que les abandonase pronta y definitivamente una parte de territorio que les acomodara, como era la que se les cedia sobre el Danubio. Cierto que esta concesion hecha á la ambicion de la Rusia no dejaba de ser grave; pero era la menos peligrosa de cuantas se podian hacer, perjudicial espe-

cialmente para el Austria, de la cual no habia tampoco que temer nada de esta manera, é inevitable sobre todo, á consecuencia de las dificultades que se habian creado en España. En la posicion en que nos habian colocado los últimos acontecimientos, hacíase indispensable este sacrificio, que, reducido á ciertas proporciones, no solo no sobrepujaba las ventajas que la Francia reportaria por su parte, sino que ni aun las igualaba siquiera.

En cambio de la concesion mencionada, Napoleón queria exigir de la Rusia una alianza íntima, así para la paz como para la guerra, y un concurso absoluto de esfuerzos contra la Inglaterra y contra el Austria. Concurso que por otra parte se hacia inevitable, puesto que al conceder Napoleón la Valaquia y la Moldavia á la Rusia, se decidia á un don que tenia que indisponer necesariamente al emperador Alejandro con el Austria y con la Inglaterra. De aquí resultaba que uno y otro tenian que coligarse para hacer frente á estas dos potencias, á lo cual debia seguirse inmediatamente la alianza ofensiva y defensiva.

Al resignarse, pues, Napoleón á la cesion de las provincias del Danubio, tenia un medio casi infalible de conseguir, que las conferencias de Erfurt diesen el resultado que deseaba. Una vez meditado su plan, no debia ya serle difícil el atraer á Alejandro á sus miras, valiéndose de su profundo arte para convencer á los hombres y dominarlos, cuando se empeñaba en ello.

Despues de consagrar los primeros momentos á las protestas de costumbre, ambos soberanos pasaron á hablarse reciprocamente de los graves asuntos que preocupaban su ánimo. Alejandro em-